

LA IGLESIA Y LA PATRIA

Por BRAULIO HENAO MEJIA

(Discurso pronunciado en el Teatro de Bellas Artes por el Sr. Gobernador de Antioquia en el acto de imposición de la Cruz de Boyacá a Monseñor Félix Henao Botero, Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana).

Doble y sincera satisfacción la mía, como gobernante y como amigo, al cumplir la grata y honrosa misión que el Excelentísimo Sr. Presidente de la República me ha confiado, de colocar sobre el pecho de Monseñor Henao Botero la Cruz de Boyacá, con que el gobierno del país honra a quienes en el ejercicio de sus funciones ciudadanas han sido gloria de la patria y ejemplo de la juventud.

Así como desde los tiempos de don Francisco de Miranda la bandera aúna en su prestigio y su dolor toda la historia de un pueblo redimido en cadalzos y en campos de batalla; ennoblecido en el martirio de los sabios; enaltecido en la sabiduría de las cátedras y santificado en la paz de los hogares y en el silencio augusto de los templos; y así como el escudo con mandatos de orden y libertad guarda en sus franjas toda la riqueza de Colombia y su espíritu altivo y libre, así esta condecoración nacional sintetiza todas nuestras glorias; la historia y el honor de los héroes que rompieron las cadenas opresoras para dignificar nuestra vida al constituírnos en pueblo independiente, dueño de sus destinos, y simboliza, además, la responsabilidad de mantenernos enhiestos y vigilantes en la guarda del decoro de la patria ante un mundo sacudido por vientos destructores.

Que ello es así, lo proclama esta cruz; la misma que signó los corazones de los nobles y aguerridos caballeros de Malta, que en épicas cruzadas por la defensa de la fe ganaron lauros y martirios. La misma cruz que colocada en lo alto de las tres carabelas, en la mañana del 12 de octubre, anticipó para la civilización cristiana la conquista de un continente y más tarde en el pecho de Bolívar había de ser la razón de la libertad, la fuerza de los héroes y el áncora de sus instituciones democráticas.

En el centro de esta cruz la figura heroica de Bolívar monta guardia de perennidad en defensa del honor de la república, de las tradiciones sagradas de la patria, mientras sigue vigilante y generosa guardando la heredad que el Dios de las naciones le confiara.

Como un galardón magnífico se creó esta condecoración para los próceres de la república. Pero no son próceres solamente quienes con su espada gloriosa nos abrieron los caminos de la libertad e iniciaron nuestro progreso, sino también los ciudadanos que por sus virtudes, su capacidad y su desinterés han culminado como servidores de los intereses comunes en los distintos radios de la lucha por la prosperidad de todos.

Cuántos entre ellos han sido ministros del altar, a quienes el país debe en gran parte su cultura!

Si la civilización de Europa llegó a las inhóspitas regiones de América y en ellas sentó sus dominios, fue en mucho porque al lado de cada conquistador marchaba un misionero, que daba estabilidad a las conquistas, paz y ciencia a los hombres salvajes, mientras con la misma mano que perdonaba los pecados conducía el arado y enseñaba el cultivo de las tierras. Tiempos después, una tarde de julio de 1774, en importantísimo acto académico, la figura de José Celestino Mutis aquel sabio y santo sacerdote "cuyo nombre no borrarán la edades", "conjunto de mago y de naturalista —que al subir al altar lleva mezclados en sus hábitos el perfume del herbario con el de sus virtudes", revoluciona los contornos científicos de América desde su cátedra de matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, al enseñar y defender, por primera vez en el continente, las tesis de Copérnico, Galileo y Newton, dando nacimiento a la nueva filosofía que prendió en los corazones la llama de la libertad. Y son legión los sacerdotes que, a distancia, perpetúan la obra imponderable de Mutis. Díganlo, si no, el santo e ilustrísimo obispo José Cuero y Cayzedo que por amor a la patria anda el camino del destierro y porta las mismas cadenas del precursor; o aquel canónigo que se llamó Andrés María Rosillo y Meruelo, ilustre en los anales de todos los pueblos libres de la tierra, o, finalmente, aquél humilde fraile José Joaquín Escobar que recorrió la patria en todas direcciones como evangelista de la libertad.

Y si de estas consideraciones pasamos al análisis de nuestra cultura, quién será osado negar o desconocer que fueron aquellos dos sabios teatinos Alonso Medrano y Francisco de Figueroa quienes primero abrieron en Colombia cátedras de filosofía y gramática? Ya apenas iniciado el siglo XVII el santo arzobispo Lobo Guerrero funda el colegio de San Bartolomé, más tarde florecida Universidad Javeriana, semillero de grandes. Y años después Fray Cristóbal de Torres erige una casa a la sabiduría al establecer el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuyas preclaras constituciones fueron causa primordial de nuestro espíritu republicano, y de cuyas aulas salieron poseídos de la nueva filosofía los primeros médicos y togados de Colombia. Aquí Fray Rafael de la Serna, funda el Colegio Franciscano, semilla de la Universidad de Antioquia, de donde treinta lustros después, gracias a la clarividencia del Sr. Salazar y Herrera y de Mons.

Sierra, había de desprenderse la Pontificia y Bolivariana Universidad de la cual en buena hora para la república sois, Ilustrísimo Señor, Rector Magnífico y conductor irremplazable. Lleno del espíritu de Dios y de la mística del Libertador, habéis madurado para Colombia una institución que es gloria del país y lujo de América. Bajo vuestra dirección se ha formado un núcleo de profesionales que en los altares de la patria ofician con el decoro, honestidad y competencia que heredaron de esos claustros augustos, donde vuestra figura, Monseñor, ha impreso el sello de la mentalidad intrépida y la actividad pasmosa que os han distinguido.

Por eso la patria agradecida y el gobierno en su nombre, cumpliendo un imperativo de justicia, condecoran hoy al sacerdote ilustre, al sabio educador y al gran caudillo de juventudes que hay en vuestra persona.